

Presentación

Si en el número 9 de *Historiografías* poníamos el acento en la llamada historia de la historiografía, en el presente número recuperamos el tono de pluralidad o variedad que nos propusimos trasladar a la publicación desde el inicio de este proyecto a finales de 2010. Normalmente en todas las entregas, en los artículos y las reseñas elegidos, hemos intentado combinar con mayor o menor fortuna los campos humanísticos, los períodos, la filosofía y la historiografía, e incluso dar la máxima apertura internacional a los textos.

Pero hemos de insistir ahora en que está lejos de nuestra intención el considerarnos un simple “repositorio académico”. Nos preocupa el papel de la cultura en la sociedad actual globalizada y, más específicamente, el de las humanidades. Hemos introducido en anteriores entregas comentarios culturales e incluso artículos criticando ciertos paradigmas que, procedentes del neoliberalismo, informan –o se han hecho hegemónicos– los modos de entender y hacer ciencia, menoscabando con ello e incluso destruyendo la función social de las humanidades, sus lazos con el público culto y la opinión pública. Recientemente, la noticia de que el gobierno japonés se propone eliminar las humanidades de los estudios universitarios, además de llamar a la incredulidad, demuestra que quienes creen que los paradigmas de las ciencias empírico-descriptivas deben predominar, ya no parecen conformarse con proclamarlo en el ámbito intelectual, ni con aplicarlo a los “sistemas de ciencia”, sino que pretenden llevarlo hasta sus últimas consecuencias. En la misma dirección va en España el proyecto de suprimir la asignatura de Filosofía en el Bachillerato.

Lo hasta aquí comentado no quiere indicar que *Historiografías* renuncie a desarrollar la función de repositorio académico. Pero *Historiografías* es igualmente una publicación con una línea editorial que busca conectar sus temas con las vicisitudes de la cultura y las relaciones internacionales. Sobre todo cuando se trata de un número que, como el presente, cierra el año. El propósito de tal proceder, no por comentado en otras entregas, resulta menos procedente: suscitar un debate en torno al problema de cómo el conocimiento o el interés por lo histórico, en la sociedad actual, podría servir de orientación para ayudar al logro de unas relaciones más armónicas, o para conjurar las amenazas y los retos que la civilización tiene pendientes hoy (guerras que tienden a crear una situación de tensión parecida a la “guerra fría”, terrorismo global, desconfianza en los sistemas democráticos, discriminación por razones de raza y género, desigualdad económica, y amenazas medioambientales y contra la salud pública). Es evidente que las actuales corrientes historiográficas y de pensamiento histórico no son ajenas a la búsqueda de soluciones a estos desafíos.

En este caso, la actualidad de los últimos doce meses ha venido marcada por acontecimientos que abundan en la necesidad, sentida en las dos últimas décadas, de relativizar los paradigmas de las humanidades y de las ciencias sociales, y buscar una mejor articulación entre las estructuras de toda clase (económicas, sociales, políticas, mentales, lingüísticas) y los individuos. Un problema clásico a fin de cuentas, pero con soluciones que cambian con el paso del tiempo, surcado de reflexiones y avances que no se dejan aprehender en periodos cortos de tiempo, y donde ni siquiera una década sería suficiente para desarrollar sus resultados.

Sin embargo, como decíamos, nos interesa la actualidad mundial como substrato de la investigación humanística, y lo cierto es que aquella ha registrado este año signos tan preocupantes –o tan alentadores en su caso– como los registrados el año pasado –a ellos hacíamos referencia en este apartado en los números 7 y 8 de la revista–. A lo largo de estos meses, por ejemplo, se han tensionado todavía más las relaciones internacionales entre Estados Unidos y Rusia a costa de la situación de Ucrania, y se ha llegado a pronosticar otra “guerra fría”. La guerra civil en Siria ha dado, a su vez, un giro preocupante e inesperado: ha convertido al autodenominado estado islámico en una estructura territorial de un grado de amenaza que la antigua Al Qaeda con su estructura clandestina nunca llegó a alcanzar. Los efectos globales de la “crisis siria” por supuesto no se han hecho esperar. En un caso, ha provocado un dramático movimiento de refugiados como no se conocía desde la posguerra, que parece que afectará a los tratados de la Unión Europea (no nos atrevemos a vaticinar en qué dirección). El segundo efecto ha sido el desarrollo de un terrorismo global que, extendido por Oriente Medio, ha llegado al corazón de Europa y África, con gravísimos atentados que resisten la comparación con los del 11-S de Nueva York y al 14-M de Madrid, y que ha llevado a limar diferencias entre Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia. El contrapunto, la noticia alentadora, la conocíamos poco antes de cerrar este número: el acuerdo al que se ha llegado en la Cumbre del Clima celebrada en París en el presente mes de diciembre.

La importancia de las humanidades y su búsqueda de nuevos paradigmas, aunque sirvan para alentar el terreno académico y la investigación, no se quedan pues aquí, o no deben hacerlo, como se deduce de lo comentado. En el presente número, en el apartado de Historia y Teoría hemos introducido dos artículos relacionados con las llamadas emociones. No es una casualidad. En estos momentos en España existen una serie de grupos de investigación que, desde hace unos años, se han convertido en receptáculo de reflexiones sobre las problemáticas derivadas de los llamados post-estructuralismo y “giro lingüístico”, grupos que denuncian que tales paradigmas pueden ser tan deterministas como la llamada historia económica y social de las décadas de 1950 y 1960, y que vienen divulgando sus resultados en fechas recientes. Pero el llamado “giro emocional”, pese a descubrir un campo nuevo, encierra un problema que viene de lejos y que se puede reducir a estas dos preguntas. La primera es la de qué nos mueve a identificarnos con los sentimientos y emociones del pasado (además del sustrato memorial) –o, como escribió Marx al final de su *Introducción a la crítica de la economía política* (1857): “la dificultad no es comprender que el arte griego y la epopeya están ligados a ciertas formas sociales de desarrollo. La dificultad reside en que nos procuran todavía un gozo y guardan para nosotros, en algunos aspectos, el valor de normas y modelos inaccesibles”–; y la segunda pregunta, cómo han cambiado esos sentimientos a lo largo de la historia.

Los dos primeros textos del presente número los firman dos autoras que provienen de los aludidos círculos investigadores españoles –estudiosos de temas como la corporeidad, los conceptos políticos, los movimientos sociales y las memorias–.

El apartado se abre con el artículo de Ana Isabel González Manso, de la Universidad del País Vasco (España), titulado “Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos”. No es la primera vez que la profesora Manso

colabora en *Historiografías*. Ya lo hizo en el número 2 trayéndonos su línea de investigación. En el presente texto la autora trata el problema de cómo el uso público de personajes del pasado, habitualmente envueltos en el mito, es esencial para generar emociones o “herramientas de sensibilización” con las que trasladar el discurso político a los ciudadanos. O dicho de otro modo: cómo la apelación a personajes adornados de heroísmo juega un papel fundamental en la socialización política del siglo XIX. Es de subrayar cómo la autora, para conjurar el determinismo, hace acompañar la importancia del contexto político y cultural, al que todo discurso pertenece, con la referencia a los automatismos que genera el cerebro, esto es, a la necesidad de bucear en el terreno de las neurociencias para hallar las respuestas a la pregunta de cuál es la estructura de las emociones.

El segundo de los textos, “Emociones socialistas en la huelga minera de 1890. La formación de la conciencia de clase y el giro emocional”, firmado por Sara Hidalgo García, de la Universidad de Santiago de Compostela (España), se puede considerar una aplicación en el citado campo. También la profesora Hidalgo se previene contra el determinismo lingüístico y aporta una definición en la que la emoción es vista como una experiencia “corpórea”, que “se sirve de los estímulos que el cuerpo recibe del entorno”. El texto se centra en el estudio de las emociones de los obreros de la cuenca vizcaína del Nervión (España) a finales del siglo XIX, el episodio de la llamada “gran huelga minera de 1890” en el que la autora ve “la formación de un régimen emocional rojo” con el que la clase obrera vizcaína habría modelado su conciencia como tal.

El problema de las emociones deja paso a un tema clásico de la filosofía y de las humanidades en general, y al que la moderna experiencia histórica toma como punto de referencia o supuesto previo. Nos referimos a la capacidad de cambio que tienen los seres vivos, o radical historicidad, y a las contradicciones que ello entraña; esto es: a cómo se puede pensar el devenir histórico formando parte del mismo. Aunque en una dimensión distinta a la de los problemas de escritura de la historia que preocupan habitualmente a historiadores y a científicos-sociales, el problema de la historicidad no les es ajeno en absoluto. Así lo muestran los autores que lo han abordado (Vico, Dilthey, Husserl, Heidegger, etc.), todos ellos enraizados en las más importantes tradiciones de la epistemología histórica. En el artículo titulado “Sobre el concepto de *historicidad* desde una fenomenología histórica”, Javier Luna, de la Universidad de Barcelona (España), partiendo de la teoría del “espíritu objetivo” de Dilthey, ofrece la suya propia en la que la historicidad es presentada como una “estructura de las vivencias” derivada de nuestra capacidad de percibir la sensación de distancia, nuestra “experiencia del anacronismo”. Como podrá observar el lector, esta teoría concuerda bastante como los actuales debates sobre el tiempo histórico y el sujeto que preocupan a los historiadores.

Cierra el apartado de Historia y Teoría un texto sobre historiografía medieval, “La escritura de la historia en la baja Edad Media: deseo racional *versus* propaganda política. La mentalidad de los cronistas”, de Josué Villa Prieto, de la Università degli Studi di Roma “Tor Vergata”, (Italia). En una historiografía como la actual, preocupada por examinar la relación entre las memorias y las formas de escritura de la historia, merece la pena echar la vista atrás y preguntarse cuál fue la formación historiográfica que tuvieron los cronistas de los siglos XIV y XV, cuáles sus deudas con la cultura humanista (que fueron notables), y cómo, por su oficio al servicio de autoridades

seculares y eclesiásticas, cumplieron la función de salvaguarda de la memoria política de sus patronos o, como dicen ciertos especialistas, cultivaron una “historia oficial” (Robert R. Tate, “Los trabajos del cronista *quatrocentista*”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 13[1995]: 27-46).

La sección de Varia Historiográfica incluye un estado de la cuestión de la historiografía sobre la dictadura del régimen de Primo de Rivera en España, y un comentario del conocido libro –en el mundo académico español– del profesor Julián Casanova *La historia social y los historiadores* que acaba de sobrepasar sus veinticuatro años con una tercera edición. El primero de los trabajos, “Noventa años de historiografía sobre la dictadura de Primo de Rivera: un estado de la cuestión”, escrito por Julio López Íñiguez, de la Universidad de Valencia (España), ofrece un amplio repaso de los textos sobre el tema, desde los primeros ensayos donde predominó la apología del régimen o su crítica política, hasta los recientes estudios historiográficos. El segundo de los artículos, “La fertilidad de las tierras bajas”, firmado José Antonio Piqueras, de la Universidad Jaume I (España), lleva ese título en recuerdo del debate que suscitó en los años noventa sobre las capacidades de innovación de la historiografía española y las imágenes que le acompañaron de regadíos, desiertos y secanos. La reflexión del profesor Piqueras a buen seguro que será un aliciente para rescatar la lectura de este libro.

El número concluye como de costumbre con la sección de Crítica: ensayos bibliográficos y reseñas, que lleva este título más largo desde el número 8 –antes se llamaba “Crítica” – porque, además de la reseña al uso, veníamos introduciendo comentarios más amplios y cercanos al estado de la cuestión, y parecía procedente adaptar el título al contenido. En este caso hemos incluido comentarios de libros recientes de historia de los conceptos, historia cultural, memoria y teoría de la historiografía.

Gonzalo Pasamar

Presentation

If issue number 9 emphasised the so-called history of historiography, this issue recovers the air of diversity we have intended to imbue this project with ever since its beginnings when we launched at the end of 2010. In all issues, including both articles and reviews, for better or worse, we have attempted to combine humanities, periods, philosophy and historiography, and even to give our texts a greater international feel.

But we must stress the fact that we do not just intend to consider ourselves merely as an “academic repository”: we are concerned with the role of culture in the current global society and, more specifically, with humanities. We have inserted cultural comments in previous instalments and even articles criticising some paradigms stemming from neoliberalism – or else now hegemonic – that pervade the ways of understanding and doing science, diminishing and even destroying the social function of humanities, and their bonds with educated people and public opinion. Recently the news

about the Japanese government deciding to eliminate humanities from university degrees, apart from raising disbelief, demonstrates that those who believe that paradigms of empirical-descriptive sciences should prevail, not only restrict its role to the intellectual field, or even to its application to “systems of science”, but also attempt to take it to its very extreme. The project of suppressing the subject of Philosophy from high schools in Spain is moving in the same direction.

What such observations do not pretend is that *Historiografías* should refrain from developing its function as an academic repository. But *Historiografías* is also a publication with an editorial line that seeks to connect its themes with the vicissitudes of culture and international relations; especially when the issue closes out the year as is the case here. Such a purpose, despite the comments made in previous instalments, is no less appropriate now. We hope to arouse a debate on the problem of how knowledge or interest in all things historic might serve as orientation to facilitate the achievement of more harmonic relationships in current society, or to face the threats and defiance civilization is up against today (wars that tend to create a situation of tension similar to a “cold war”, global terrorism, mistrust of democratic systems, discrimination because of race or gender, economic inequality, and threats to the environment and public health). It is obvious that current historiographic trends and historical thought are not indifferent to the search for solutions to these challenges.

In this case, current affairs over the past twelve months have been marked by events which underline the need – felt during the last two decades – of playing down the paradigms in humanities and social sciences, and look for a better articulation between structures (economic, social, political, mental, and linguistic) and individuals. This is after all a classic topic, but one with solutions that bring changes with the passing of time, reflections and progress that are not limited to short periods of time, or even to one decade, which would still be insufficient to see tangible results.

Nevertheless, as we said, we are interested in world news as a substratum of research in humanities, and it is true that the news this year has shown signs that are just as alarming – or encouraging – as those taking place during the previous year (this fact was referred to in issues 7 and 8). Throughout this year, for instance, international relations between the USA and Russia have added further tension at the expense of Ukraine, and another “cold war” has been foreseen. The civil war in Syria has undergone a disquieting and unexpected turn: It has transformed the so-called Daesh into a territorial structure with a level of threat that the erstwhile Al Qaeda, with its hidden organization, never attained. On the one hand, this has brought about a dramatic movement of refugees that had been unknown since the end of World War II, which will seemingly affect the EU’s treaties (we do not dare predict the precise direction they are likely to take). The second effect has been the development of a global terrorism that has spread all over the Middle East and reached Europe and the heart of Africa, with appalling attacks that bear comparison with those of 9/11 in New York and the train bombings in Madrid on March 11th, (known in Spain as 11-M) which has led to a rapprochement between the USA, EU and Russia. The flipside, or encouraging news, was known shortly before wrapping up this issue: the agreement reached in the Conference on Climate Change held in Paris this December.

The importance of humanities and its search for new paradigms, while serving to encourage the academic field and research, does not end there, or at least it should not do so, as deduced from the comments made so far. In this issue, in the Section *Historia y Teoría*, we have included two articles related to the so-called history of emotions. This is no coincidence. At present, in Spain there are a number of research groups who, for some years now, have emerged as a receptacle for reflections on subjects related to post-structuralism and the “linguistic turn”, circles that denounce these paradigms as being as deterministic as the social and economic history paradigm in the 1950s and 1960s, and have recently been divulging their results. But the so-called emotional turn, despite being a new field, conceals long-standing problems which can be reduced to these questions. The first question is: what moves us to identify with feelings and emotions from the past (besides the memory substratum)? Or as Marx wrote at the end of his *Introduction to the Critique of Political Economy* (1857): “the difficulty is not understanding that Greek art and epopee are linked to some social forms of development. The difficulty lies in the fact that they still procure us enjoyment and, in some aspects, safeguard for us the value of rules and inaccessible models”. The second question is how these feelings have changed throughout history.

The first two papers in this issue are signed by two authors from the aforementioned Spanish research circles (who are experts on topics such as corporeality, political concepts, social movements, and memories).

The section opens with the article of Ana Isabel González Manso, from the University of the Basque Country (Spain), entitled, “National Heroes as Emotional Vehicles of Political Concepts”. It is not the first time that Professor Manso contributes to *Historiografías*. She did so in issue number 2, where she introduced us to her research line. In this article the author looks at the problem of how the public use of figures of the past, normally swathed in myth, is of pivotal importance in creating emotions and “sensitivity analysis tools” to open up political discourse to the general public. Or in other words: how the use of celebrities embroiled in heroism played an essential role in political socialization in the nineteenth century. It is worth highlighting how, in order to eschew determinism, the author accompanies the importance of political and cultural context, to which all discourse belongs, with the reference to automatism generated by the brain, i.e., with the need to immerse ourselves in the field of neurosciences to find out answers to the question of what the structure of emotions implies.

The second article, “Socialist Emotions during the Miners’ Strike of 1890. The Formation of Class Consciousness and the Emotional Turn” by Sara Hidalgo García, from the University of Santiago de Compostela (Spain), can be regarded as an application of the aforesaid research field. Professor Hidalgo also takes precautions against linguistic determinism by providing a definition in which emotions are seen as a “bodily” experience that “serves as a stimulus which the body receives from its surroundings”. The paper focuses on the study of workers’ emotions in the Biscay basin of the River Nervión (Spain) in the late nineteenth century, an episode of the so-called “Great miners’ strike of 1890”, where the author sees “the formation of the emotional red regime” with which the workers would have moulded their own social consciousness.

The issue of emotions gives way to a classic topic in philosophy and humanities, and where modern historical experience is taken as a starting point or assumption. We are referring to the human faculty of change, or radical historicity, and the contradictions that this fact entails; namely how it is possible to think through history by forming part of it. Though different from the kind of historiographic problems historians and social-scientists commonly engage with, the theme of historicity is by no means a stranger to them. Such is the case of classic authors that tackled it (Vico, Dilthey, Husserl, Heidegger, etc.), all of them rooted in the most important tradition in historical epistemology. In the article entitled “On the Concept of *Historicity* from a Historical Phenomenology” Javier Luna, from the University of Barcelona (Spain), taking Dilthey’s theory of “objective spirit” as his starting point, offers his own solution, where historicity is propounded as a “structure of experience” derived from our ability to perceive the sensation of distance, or our “experience of anachronism”. As the reader will observe, this theory corresponds to current debates about historical time and the subject which concerns historians today.

The Section *Historia y Teoría* closes with a paper on medieval historiography, “Writing History during the Late Medieval Ages: Rational Desire *versus* Political Propaganda. The Chroniclers Mentality”, by Josué Villa Prieto, from the Università degli Studi di Roma “Tor Vergata” (Italy). In a historiography like the current one, interested as it is in the relationship between memories and the forms of writing history it is worth looking back and inquiring into the historiographical training of chroniclers in the fourteenth and fifteenth century, their debts with humanist culture (which were noteworthy), and how, because of their job in the service of lay and ecclesiastic authorities, they fulfilled the function of protecting the political memory of their patrons or, as some specialists say, developed an “official memory” (Robert R. Tate, “Los “Los trabajos del cronista *quattrocentista*”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 13[1995]: 27-46).

The Section of *Varia Historiográfica* includes an overview of historiography on Primo de Rivera’s Dictatorship in Spain, plus a comment well known – at least, in the Spanish academic world – made by Professor Julián Casanova in his book, *La historia social y los historiadores*, which has just marked its twenty-fourth anniversary with a third edition. The first work, “Ninety Years of Historiography on Primo de Rivera’s Dictatorship: A State of the Art”, written by Julio López Íñiguez, from the University of Valencia (Spain), offers an extensive revision of text on the theme, from the first essays where the apology or political criticism of the regime prevailed to current historical studies. The second article, “The Fertility of Lowlands”, by José Antonio Piqueras, from the University Jaume I (Spain), has a title that refers to the debate taking place in the 1990s on the limits of innovation in Spanish historiography and their images of irrigated lands, deserts, and dry lands. Surely Professor’s Piqueras reflection will encourage the reading of this book.

The issue ends as usual with the Section of *Crítica: ensayos bibliográficos y reseñas*, which has had this longer title since issue number 8 – previously having the shorter name of *Crítica* – because, besides the normal reviews, we also incorporated texts that were wider and closer to a state of the art, and it seemed appropriate to adapt the title to the contents. In this case, we have included comments on recent books on the history of concepts, cultural history, memory, and theory of historiography.

Gonzalo Pasamar

Si dans le numéro 9 de *Historiografías* nous mettions l'accent sur l'histoire de l'historiographie, le présent numéro renoue avec la pluralité et la variété que nous avons décidé d'imprimer à notre publication depuis les débuts du projet, à la fin de l'année 2010. Dans chaque numéro, dans les articles et les comptes rendus sélectionnés, notre dessein était de combiner, avec plus ou moins de bonheur, les différents champs des humanités, les périodes, la philosophie et l'historiographie, et même de donner aux textes la plus grande ouverture internationale possible.

Mais il convient désormais d'insister sur le fait que, très loin de nous considérer comme une simple somme académique, nous sommes soucieux du rôle de la culture, et plus spécifiquement des humanités, dans la société actuelle mondialisée. Nous avons introduit dans les numéros précédents des commentaires culturels et même des articles critiques envers certains paradigmes qui, issus du néolibéralisme, structurent, jusqu'à parfois devenir hégémoniques, les façons de comprendre et de faire de la science, ce qui a entraîné la réduction, voire la destruction, de la fonction sociale des humanités, de leurs liens avec le public cultivé et l'opinion publique. Récemment, l'annonce de la proposition du gouvernement japonais de les éliminer des cursus universitaires, outre susciter l'incrédulité, montre que ceux qui croient que les paradigmes des sciences empiriques et descriptives doivent l'emporter ne semblent plus se contenter de le proclamer dans les milieux intellectuels, ni de l'appliquer à leurs systèmes scientifiques, mais prétendent les porter jusqu'à leurs conséquences ultimes. En Espagne, le projet de supprimer la philosophie du baccalauréat va dans le même sens.

Ce que nous venons de dire jusqu'à présent ne signifie pas que *Historiografías* renonce à développer sa fonction de somme académique. Mais *Historiografías* est aussi une publication dotée d'une ligne éditoriale visant à établir un lien entre ses thématiques et l'évolution de la culture et des relations internationales. Surtout quand il s'agit d'un numéro qui, comme celui-ci, clôt l'année. Le propos de cette formule ne perd pas en pertinence, même si nous avons déjà évoqué cela dans d'autres numéros. Il s'agit de provoquer un débat autour de ce problème: comment la connaissance, ou l'intérêt pour l'histoire, pourraient, dans la société actuelle, servir d'orientation contribuant à établir des relations plus pacifiques, à conjurer les menaces et les défis à résoudre pour la civilisation actuelle (guerres qui tendent à créer une situation de tension semblable à la Guerre froide, terrorisme mondial, méfiance envers les systèmes démocratiques, discrimination sur la base de la race et du genre, inégalités économiques, menaces environnementales et contre la santé publique). Évidemment, les actuels courants de l'historiographie et de la pensée historique ne sont pas étrangers à la recherche de solutions à de tels défis.

En ce qui nous concerne, l'actualité des douze derniers mois a été marquée par des événements qui vont dans le sens d'une relativisation des paradigmes des humanités et des sciences sociales, dont la nécessité se fait sentir depuis deux décennies, afin de

trouver une meilleure articulation entre les individus et les structures de toutes sortes (économiques, sociales, politiques, mentales, linguistiques). Un problème classique en fin de compte, mais dont les solutions changent avec le passage du temps, traversées de réflexions et d'avancées qui ne se laissent pas appréhender selon une perspective de temps court, et pour lesquelles même une décennie ne serait pas suffisante pour développer leurs résultats.

Cependant, comme nous le disions, nous nous intéressons à l'actualité mondiale comme substrat de la recherche en humanités, et il faut reconnaître que celle-ci a été marquée cette année par des signes aussi préoccupants –ou aussi encourageants– que ceux enregistrés l'an dernier –nous y faisons référence dans cette section des numéros 7 et 8 de la revue. Au cours de ces derniers mois, par exemple, les relations internationales entre les États-Unis et la Russie sont devenues encore plus tendues à cause de la situation de l'Ukraine, ce qui a conduit à pronostiquer une nouvelle Guerre froide. La guerre civile en Syrie a pris, de son côté, un tour préoccupant et inattendu: elle a transformé l'État islamique autoproclamé en une structure territoriale atteignant un degré de menace que n'avait jamais atteint l'ancien Al Qaïda avec sa structure clandestine. Les effets mondiaux de la crise syrienne ne se sont bien entendu pas fait attendre. D'un côté, elle a provoqué un dramatique mouvement de réfugiés, sans précédent depuis l'après-guerre, qui va semble-t-il amener à réviser les traités de l'Union européenne (nous n'oserions prédire dans quel sens). De l'autre, la seconde conséquence a été le développement d'un terrorisme mondial qui, étendu au Moyen-Orient, est parvenu au cœur de l'Europe et en Afrique, avec de très graves attentats qui souffrent la comparaison avec ceux du 11 Septembre à New York et du 11 mars 2004 à Madrid, et qui a fini par réduire les différences entre les États-Unis, l'Union européenne et la Russie. Le contrepoint, la nouvelle encourageante, nous l'avons apprise peu de temps avant de clore ce numéro: l'accord obtenu ce mois de décembre à la fin de la COP 21 de Paris.

Les humanités et la recherche de nouveaux paradigmes, même s'ils sont utiles pour nourrir le terrain universitaire et la recherche, n'en restent pas là, ne doivent pas en rester là, comme on pourra le comprendre de ce qui précède. Dans ce numéro, dans la section Histoire et Théorie, nous avons introduit deux articles en lien avec les émotions. Ce n'est pas un hasard. En ce moment, il existe en Espagne une série de groupes de recherche qui sont devenus depuis quelques années des creusets de réflexion sur les problématiques dérivées de ce qu'on a appelé post-structuralisme et *linguistic turn*. Ces groupes refusent que de tels paradigmes puissent être aussi déterministes que l'histoire économique et sociale des années 1950-1970, et leurs résultats sont en cours de publication depuis quelques années. Mais le *emotional turn* a beau ouvrir un nouveau champ, il renferme un problème qui vient de loin et que l'on peut réduire à deux questions. La première tient aux raisons de notre identification avec les sentiments et les émotions du passé (outre le substrat mémoriel) –ou, comme écrivait Marx à la fin de son introduction à la *Critique de l'économie politique* (1857): « La difficulté n'est pas de comprendre que l'art grec et l'épopée sont liés à certaines formes du développement social. La difficulté réside dans le fait qu'ils nous procurent encore une jouissance esthétique et qu'ils ont encore pour nous, à certains égards, la valeur de normes et de modèles inaccessibles ». La seconde tient à la nature des changements des sentiments au cours de l'histoire.

Les deux premiers textes de ce numéro sont signés par deux auteurs issus des cercles de recherche espagnols cités, et qui étudient des sujets comme la corporéité, les concepts politiques, les mouvements sociaux et les mémoires.

La rubrique s'ouvre sur l'article d'Ana Isabel González Manso, de l'Université du Pays basque (Espagne), intitulé "Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos". Ce n'est pas la première fois que la professeur Manso collabore à un numéro de *Historiografías*. Ce fut déjà le cas au numéro 2 de la revue, dans lequel elle nous faisait part des orientations de sa recherche. Dans le présent article, l'auteur aborde le problème de l'utilisation publique de personnages du passé, habituellement enveloppés d'une aura mythique, et montre qu'elle est essentielle pour créer des émotions ou des "outils de sensibilisation" grâce auxquels il devient possible de faire passer le discours politique vers le citoyen. En d'autres termes, elle montre que le fait de faire appel à des personnages héroïques joue un rôle fondamental dans la socialisation politique du XIX^e siècle. Précisons également que l'auteur, afin de conjurer tout déterminisme, ne se contente pas de souligner l'importance du contexte politique et culturel auquel appartient tout discours; elle se réfère aussi constamment aux automatismes qu'engendre le cerveau, c'est-à-dire nécessaire recours aux neurosciences afin de trouver les réponses à la question sur la structure des émotions.

Le deuxième texte, "Emociones socialistas en la huelga minera de 1890. La formación de la conciencia de clase y el giro emocional", signé par Sara Hidalgo García, de l'Université de Saint-Jacques de Compostelle (Espagne), peut être considéré comme une illustration de ce champ de recherche. La professeur Hidalgo se prémunit elle aussi contre tout déterminisme linguistique et apporte une définition dans laquelle l'émotion est perçue comme une expérience "corporelle", qui "se sert des stimuli que le corps reçoit de son entourage". Le texte se centre sur l'étude des émotions des ouvriers du bassin biscayen du Nervión (Espagne) à la fin du XIX^e siècle, notamment sur un épisode de ce qu'on appelle la "grande grève minière de 1890". L'auteur y voit "la formation d'un régime émotionnel rouge" par lequel la classe ouvrière biscayenne aurait modelé sa propre conscience.

Le problème des émotions laisse ensuite la place à un thème classique de la philosophie et des sciences humaines en général, thème que l'expérience historique moderne prend comme point de référence ou comme hypothèse de départ, à savoir la capacité de changement que possèdent les êtres vivants (radicale historicité) et les contradictions que cela implique. La question est en effet de savoir comment on peut penser le devenir historique tout en faisant partie. Bien qu'il s'agisse d'un terrain de réflexion différent des problèmes d'écriture de l'histoire qui préoccupent généralement les historiens et les chercheurs en science sociale, le problème de l'historicité ne leur est pas complètement étranger. En témoignent les auteurs qui ont traité de ce sujet (Vico, Dilthey, Husserl, Heidegger, etc.), tous enracinés dans les plus importantes traditions de l'épistémologie historique. Dans l'article intitulé "Sobre el concepto de *historicidad* desde una fenomenología histórica", Javier Luna, de l'Université de Barcelone (Espagne), part de la théorie de "l'esprit objectif" de Dilthey pour exposer sa propre théorie: il présente l'historicité comme une "structure des vécus" issue de notre capacité à percevoir la sensation de distance, de notre "expérience de l'anachronisme". Le lecteur constatera de lui-même que cette théorie est plutôt en accord avec les débats actuels sur le temps historique et le sujet qui préoccupent les historiens.

Un texte sur l'historiographie médiévale ferme la rubrique Histoire et Théorie. Il s'agit d'un texte de Josué Villa Prieto, de la Università degli Studi di Roma "Tor Vergata" (Italie), intitulé "La escritura de la historia en la baja Edad Media: deseo racional *versus* propaganda política. La mentalidad de los cronistas". Dans une historiographie telle que l'historiographie actuelle, préoccupée par l'étude de la relation entre les mémoires et les formes d'écriture de l'histoire, il est bon de regarder en arrière et de se demander quelle a été la formation historiographique des chroniqueurs des XIV^e et XV^e siècles, quelle est la dette de ces derniers envers la culture humaniste (et elle est immense...) et enfin comment ils ont permis –parce qu'ils ont travaillé au service d'autorités séculaires et ecclésiastiques– de sauvegarder la mémoire politique de leurs patrons ou, comme disent certains spécialistes, de cultiver une "histoire officielle" (Robert R. Tate, "Los trabajos del cronista *quattrocentista*", *Studia Historica. Historia Moderna*, 13[1995]: 27-46).

La section Varia Historiographique propose un état de la question de l'historiographie sur la dictature du régime de Primo de Rivera en Espagne, et un commentaire du célèbre (dans le monde universitaire espagnol) ouvrage du professeur Julián Casanova *La historia social y los historiadores* qui a maintenant plus de vingt-quatre ans et en est à sa troisième édition. Le premier de ces travaux, "Noventa años de historiografía sobre la dictadura de Primo de Rivera: un estado de la cuestión", écrit par Julio López Íñiguez, de l'Université de Valence (Espagne), propose un bilan des travaux réalisés sur ce thème, depuis les premiers essais dans lesquels prédomine l'apologie ou la critique du régime, jusqu'aux récentes études historiographiques. Le deuxième article, "La fertilidad de las tierras bajas", signé par José Antonio Piqueras, de l'Université Jaume I (Espagne), porte ce titre en souvenir du débat suscité dans les années 90 sur les capacités d'innovation de l'historiographie espagnole et les images de zones irriguées, de déserts et de terres arides qui l'ont accompagné. La réflexion du professeur Piqueras est indéniablement une bonne raison pour sauver la lecture de ce livre.

Le numéro s'achève comme d'habitude sur la rubrique Critique: essais bibliographiques et compte rendus, qui porte ce titre plus général depuis le numéro 8 de la revue (elle était auparavant intitulée "Critique") parce que, outre le compte rendu d'usage, nous avons introduit des commentaires plus larges et plus proches de l'état de la question, et nous avons souhaité adapter le titre au contenu. Dans le cas présent, nous avons inclus des commentaires de livres récents sur l'histoire des concepts, sur l'histoire culturelle, la mémoire et la théorie de l'historiographie.

Gonzalo Pasamar